

pensa de lo bueno que hayan podido hacer durante el curso. Las diabluras de los muchachos, aunque presentes en el papel que decoró en otro tiempo las paredes, en la tela de los encerados, en las rajadas de los bancos y de los pupitres, no dejaron rastro alguno en el corazón bondadoso del maestro; todo se ve aquel día bajo el prisma de la esperanza y de la alegría, y así como los alumnos y los invitados lucen allí el traje de las fiestas, también se viste su alma con los mejores presagios. El maestro y los discípulos leen calurosos discursos encomiando la supremacía de la instrucción sobre la fortuna, de la ciencia sobre el poder y los honores; de la caridad y de las artes sublimes sobre la prosa mundana. Himno santo de amor y de perfección, todas aquellas voces que no claman ya en el desierto, repercutirán en las almas de cuantos las oyeron; el avaro se hará el propósito de ser menos avaro, el envidioso el de ser menos envidioso, el ignorante buscará el saber con afán creciente y el potentado abrirá sus arcas á las empresas humanitarias, para que no falte en ningún hogar el alimento del cuerpo ni el alimento del espíritu. Todos guardarán de las palabras del maestro una impresión profunda, y aun los que sean incapaces de mejora dirán al recordarlas: «así debiera ser». Pero entre todos ellos, figuraos que un niño de inteligencia clara, pero de imaginación ardiente, juzgando por mentirosas apariencias sociales, ó tal vez partiendo de un escalón precozmente alto en la escala del progreso del individuo, se ha dicho á sí mismo. «Así seré yo.» Y sigamos después á este niño en los pequeños exámenes de todos los días, en que el maestro recuerda sin cesar los mismos ejemplos y las mismas aspiraciones. ¿Dónde hallará aquél, ocupado ya en remontarse á la cima de sus ilusiones, la ocasión de descubrir que el mundo no es, ni ha sido, ni será nunca el original verdadero de sus sueños?

Hay que confesar que, una vez emprendida la desenfrenada carrera, la educación que se da al niño en estas condiciones es precisamente opuesta á lo que debiera ser y que todas las circunstancias que le rodean, más que á la educación, tienden á la exageración del ideal. La vanidad de los padres, la satisfacción del maestro, la emulación y las alabanzas que de todas partes recibe el escolar, le empujan hacia adelante sin mostrarle los peligros que puede encontrar al final de su camino.

No por mala voluntad, sino por defecto propio de la naturaleza humana, es cierto en todas las circunstancias de la vida el viejo refrán de nuestra gente pescadora: «Hi ha més gent á ajudá' á varar que á ajudá' á tréurer.» De cada diez hombres que empujarán alegremente la barca para hacerla á